

miento de Saavedra a una disección demasiado elemental, se comparan tipos profesionales distintos y se olvidan nombres que si no encajan exactamente en la «generación del 80», viven el mismo clima histórico. Las fechas 1599-1660 del nacimiento y muerte de Velázquez, ¿colocan al pintor español en un mundo distinto al de Saavedra o al de Descartes? Y si se comparan filósofos con pensadores políticos y dramaturgos, ¿por qué olvidarse de los pinceles de Sevilla, tan ligados a la historia de la cultura europea, que en un cuadro de la National Gallery convierten un tema religioso en un bodegón? Marañón no evita la comparación, pero se ciñe a personajes que realizan la misma función. Y así, al hablar del Conde-Duque y de Richelieu, nos dice que son frutos de un mismo clima histórico, diferenciándose tan sólo por su ambiente nacional, por el hecho de que la Monarquía española se derrumbaba, mientras Francia recorría la parte ascendente de su órbita. Se puede comparar al Conde-Duque con Richelieu, pero es absurdo comparar a Saavedra Fajardo con Descartes. Creemos que la comparación es sólo válida con un mayor grado de abstracción: el Barroco y el Racionalismo, con lo que el esquema de Tierno vuelve a sus cauces naturales, los que recogen quienes han estudiado el siglo XVII, y concretamente, entre nosotros, Maravall.

No nos parece que en Saavedra Fajardo haya un pesimismo que provoca el choque de lo creencial frente al racionalismo. Más bien parece que el dolor de don Diego es el de un patriota inteligente que ve el declive de su patria, el de un hombre «moderno» que conoce las causas de la debilidad de España, y que, en contacto con otras sociedades, ha visto los ingredientes que le faltan a la suya.

El drama del Barroco, como recuerda Fraga, consiste en ser el último esfuerzo para lograr la integración religiosa, cultural y política del mundo. Y ese drama está vivo en Saavedra, en sus contradicciones y hasta en sus ingenuidades. El pensamiento moderno se va a caracterizar por romper con el ánimo especulativo; con unos fragmentos experimentales se puede construir el mundo entero del pensamiento; el conocimiento de un hecho aislado abre la inteligencia de otros fenómenos; es el ensanchamiento regular de los fenómenos lo que interesa y no el preguntarse por la esencia de las cosas. En estas normas de Galileo ve Hans Freyer ponerse en juego el destino espiritual de Occidente. Hoy se aceptan los límites del racionalismo y se sabe que cada experimento nuevo, con su luz, nos agrande el círculo de misterio que nos rodea. Pero también está claro que el Barroco trata de incrustar fenómenos aislados en un molde intelectual prefabricado, que llega hasta lo divino, y así, en algunos textos del plenipotenciario español parece que sus argumentos políticos se están apoyando en «el Dios de los españoles». No

es ésta una afirmación avanzada, sino la consecuencia lógica de la caída del Imperio y su sustitución por el Estado nacional. Este, al independizarse del Imperio, rompe con la sumisión a la Iglesia, que forma una unidad con el Imperio; pero, por otro lado, aparece también el Estado católico, que integra en su doctrina política la fe católica y, en cierta medida, la administra a su gusto.

El nudo del drama lo forma la Guerra de los Treinta Años, que comienza como una auténtica guerra de religión, teniendo su origen inmediato en el enfrentamiento de la Unión Evangélica, dirigida por el elector del Palatinado, con la Liga Católica, inspirada por el duque de Baviera. España estará vinculada al Imperio, a pesar de que en 1615 la candidatura de Felipe III no logra obtener la Corona imperial. Los territorios españoles del centro de Europa obligan a nuestra Infantería a montar la guardia en el corazón de Europa. Pero pronto se verá que el motor de la guerra no es un principio religioso, sino la necesidad de mantener un balance de fuerzas siempre inestable, y será un cardenal de la Iglesia quien encarne esta política del equilibrio, pasando en sus alianzas por encima de los colores confesionales. No podemos utilizar a Richelieu como blanco exclusivo de esa separación de la religión respecto a las alianzas políticas. Saavedra Fajardo lo hace, pero él mismo no tiene inconveniente en justificar la alianza de España con herejes si ello es necesario para España. La idea de la Cruzada ha periclitado; tendrá un último brote con la Santa Alianza; pero es que incluso los estudios actuales de las Cruzadas tienden a reducir al mínimo la significación religiosa de aquellas campañas de extensión del dominio político y comercial. Las naciones —como los hombres— tienden a justificar sus actos. Y precisamente Saavedra, al tratar de legitimar las razones de España frente a las sinrazones de otros Estados —especialmente Francia—, mezcla la defensa de la fe católica con los conceptos de hegemonía y de equilibrio, construyendo una doctrina confusa de la acción temporal del Papado, en la que viene a decir que éste debe abstenerse de los negocios temporales en principio, pero debe apoyar a España porque España defiende la fe católica. En este punto, como en otros, la construcción de Saavedra nos aparece exuberante, retorcida, compuesta de elementos varios. Es como si el escritor murciano estuviera utilizando su pluma para trazar los planos de un edificio barroco.

La guerra que precede a la paz de Westfalia empieza por ser una guerra civil-religiosa de Alemania, pero no olvidemos que Alemania es el Imperio y que el Imperio fue Europa. Por eso, como si las naciones fueran conscientes de la sucesión que va a operarse en Europa, van haciendo paula-

tinamente acto de presencia en el marco alemán, sabiendo que al ser ellas las herederas del Imperio, deberán asentar su personalidad en él, para que quede firme la nueva forma de la estructuración política europea. Y precisamente tiene esta guerra el valor de hacer vibrar a Europa entera bajo un solo latido, viendo los habitantes de Nordlingen cómo el Cardenal-Infante vence con la Infantería española al formidable Ejército sueco. Los múltiples intereses de España en distintos puntos de Europa explican que fuera precisamente Olivares quien se esforzó por llevar la guerra al Báltico para cortar las salidas comerciales de Holanda. Habrá que esperar a Napoleón para extender aún más esa vibración unísona de Europa. Ese cruce de las espadas de España y Suecia en 1634 encuentra también su impronta en el diplomático español que en su *Corona Gótica* prueba el origen común de Reyes hispanos y góticos y adopta en Münster costumbres suecas.

Pero si Nordlingen tiene significado europeo, también lo tiene Rocroi. Dos años después de empezar las reuniones de Westfalia, Saavedra, desde Münster, tendrá noticia de la derrota de nuestra Infantería, y cuando en su correspondencia se queja de la pobreza de sus medios materiales, en comparación con la ostentación de los plenipotenciarios franceses, parece que su queja esté profundizando más y esté viendo una manifestación externa del nuevo reparto del Poder.

En la guerra de los treinta años se emplea, por primera vez, la imprenta para discutir problemas de política internacional. Y Saavedra refleja fielmente este balbuceo de la opinión pública europea, refiriéndose a diferentes panfletos que refuta con violencia y hablando de las relaciones del Poder con los gobernados durante la guerra.

Algunos autores han tratado de minimizar el significado de Westfalia: hace tiempo que existen las distintas naciones europeas, el Imperio sólo vive como un recuerdo arcaico, la política del equilibrio se ha practicado desde siempre. Pero no entremos en el debate sobre la justificación de valorar la fecha de 1648. Analicemos simplemente sus características en el esquema tradicional de la historia de Europa. La principal es la idea del equilibrio de las fuerzas políticas: Idea del equilibrio, aceptación general de esa idea. Con lo que no se pretende negar que el equilibrio existiera y se practicara con anterioridad. En los escritos de Saavedra Fajardo, donde se ataca violentamente a Maquiavelo, puede decirse que la idea de equilibrio está rezumando por todas partes. Las palabras que dedica Saavedra al Imperio y al Papado carecen de todo vigor. El mismo se está dando cuenta que lo actual está en otro lugar. El orden cristiano deja su paso al equilibrio mecánico. Es cierto que ello no ocurre en Westfalia, pero Westfalia lo consagra. El período de

formación del sistema europeo de Estados ha tenido lugar desde el siglo XIV al XVI. Siglo y medio antes de Westfalia, Maquiavelo estudia las leyes de la mecánica política, observando en los Estados italianos el primer sistema de equilibrio de Occidente. Precisamente para desenvolverse en ese medio separa Maquiavelo la política de la moral tradicional, creando una nueva «virtù» que se corresponde con su abandono de la temática de la guerra justa y su preocupación por la guerra victoriosa. Ha nacido la *Machtpolitik*, la *power politics*. En Westfalia, el sistema de equilibrio adquiere proporciones mayores y el sistema durará hasta la segunda guerra mundial. Aún en la actualidad, tras la bipolaridad, puede observarse el germen de un nuevo sistema de equilibrio a escala mundial, donde tendrá que tenerse en cuenta el paso de la física desde Newton hasta Einstein. Pero esta referencia al equilibrio actual es intencionado. En Maquiavelo está claro el deseo de la unidad italiana; la Italia unificada pasará a ser pieza del más amplio sistema del equilibrio europeo. Igualmente si un sistema actual de equilibrio mundial llega a estructurarse, sólo una Europa unida podrá jugar en él.

La ruptura que hace —u observa— Maquiavelo entre política y moral, no es la única que se produce en la monolítica construcción de la antigua Christianitas. Hemos visto cómo el cardenal Richelieu pasa con asombrosa soltura por encima de los *impia foedera*, correspondiendo a él encarnar un nuevo estilo político en la vida internacional. En otros planos, Galileo separará la ciencia de la interpretación de las Escrituras, al menos de la interpretación que daban los escriturarios de la época, y proclamará que la hipótesis de Copérnico puede demostrarse experimentalmente. Poco antes la circunnavegación ha hecho perder el centro a Europa. Ahora la nueva cosmología la va a lanzar con el resto de los continentes a un lugar secundario del Universo. Nada, en el siglo XVII, podrá escaparse de un violento cambio situacional. Descartes separará el pensamiento de la teología, aunque esta separación vaya precedida de una hermosa oración del alumno de La Flèche. El genio de Velázquez dará una versión pictórica de esta revolución de la inteligencia. Hace tiempo me llamó la atención, al leer a Ortega, que éste, al tratar de Velázquez, le atribuye «la revolución del bodegón». Sería, sin duda, una aportación más en el camino de volverse a las cosas pequeñas: la ambición personal de un príncipe, el telescopio, la cogito..., la naturaleza muerta, para abrir, con ellas, posibilidades ilimitadas para el conocimiento. Tuve algún tiempo en mi mente la bella imagen de la «revolución del bodegón», y en visitas casuales a distintas pinacotecas no dejaba de detenerme ante los pocos bodegones que precedieron a los de Velázquez. Pero hay uno del pintor español, en la National Gallery, que tiene sabor copernicano: se

llama, nada menos, que *Cristo en casa de María y Marta* y, en efecto, una parte del cuadro, la superior de la derecha mirando al cuadro, representa el tema del título. Pero si María escogió la mejor parte, Velázquez la abandona con Jesús en el espejo, dudando en su elección, entre el retrato de Marta o los pescados y huevos. Me extraña que este cuadro no haya sido comentado debidamente. Las ideas que puede despertar tienen mayor riqueza, a mi juicio, que las nacidas de *Las Meninas*, que hace poco inspiraban el talento dramático de un escritor español.

Saavedra ha vivido este tiempo en Europa y lo ha vivido en distintos puntos del corazón de Europa. Ha desempeñado una función política importante y ha dedicado sus ratos de ocio a escribir. No se inclina por el pensamiento abstracto. ¿Es que puede acusársele por ello? Los textos que recogemos a continuación no son los de un programador de un mundo futuro, son los de un testigo de su tiempo. El *Discurso sobre el estado presente de Europa* es una carta que escribe desde Ratisbona en 1637. Las *Locuras de Europa. Diálogo entre Mercurio y Luciano* y las *Empresas*, las escribe durante su estancia en Münster. No recogemos extractos de su correspondencia porque son variaciones sobre la misma temática. Leyendo los textos seleccionados nos parece estar observando un retrato fiel de la Europa de su tiempo. Abandona los observatorios españoles de Europa, aunque son numerosos, para detenerse en el aire con los pies alados de Mercurio y observarla entera. Nos hablará de España, de su decadencia que va a hacerle tratar de Cataluña y Portugal, de que su debilidad económica le ha impedido ejercer el dominio universal, comportándose con los demás países europeos como los indios lo hicieron con España. La falta del predominio naval hará que España se desconecte de los dos polos de su grandeza: el Mediterráneo y el Atlántico. Con plena conciencia de su tiempo, añora como oportunidad perdida una Monarquía universal hispánica, primer intento hegemónico de la estructura política de Europa, que tendrá más tarde una versión francesa y otra alemana. Se duele de que España esté llena de enemigos en Europa y utiliza el argumento de la debilidad interna de su patria para sugerir a muchos Estados la conveniencia de nuestra vecindad. Pero ya es tarde; él mismo nos ha dicho que cuando aparece el león, los demás animales, superando sus diferencias, se unen y acometen contra él. Es inútil que el león acosado declare sinceramente que renuncia a su reinado; la lucha contra él no terminará hasta que no se le vea rendido. Y esas heridas mortales son Cataluña y Portugal que explican la posibilidad del derrumbamiento paulatino del cuerpo español en Europa y en América. Desde esos momentos tendremos los españoles una tendencia enfermiza de ver a España en lucha contra el resto de Europa, porque nos

faltará la brutal sinceridad de un contemporáneo de Saavedra que sintetizó la situación de España en aquellos versos tan citados:

Y es más fácil, ¡oh España!, en muchos modos
que lo que a todos les quitaste sola
te puedan a ti sola quitar todos.

Dedica Saavedra a Alemania palabras que tendrían valor comentando los acuerdos de Postdam. Se refiere a su división y a su despojo, recordando que también Alemania podría haber aspirado al dominio universal. Pero esta solución hegemónica de Europa la ve con simpatía, y precisamente critica las dudas alemanas de formar bloque con España, recordando los tiempos del Emperador Carlos, lo que le impide sentirse extranjero en los asuntos alemanes. Todavía en su época Viena y Madrid tienen un solo embajador en Polonia.

Hace constar la ausencia británica del marco de la guerra, y al referirse a la isla fallará una de las pocas profecías que hace: la dominación francesa aprovechando las disensiones entre Inglaterra, Hibernia y Escocia.

Su obsesión es Francia. Todos sus ataques van dirigidos contra ella: provoca el desagrado de Dios por sus alianzas con el turco y los herejes, amenaza a los Países Bajos y a Italia que bien seguros estaban con España. Consciente Saavedra de que nuestro cerco a Francia se ha resquebrajado por todos lados ve, con temor, la potencia del cuerpo unido de Francia frente a la diversificación de nuestras fuerzas. La considera la perturbadora de Europa, y la acusa, en su intento hegemónico, de saltarse la religión, la justicia, la amistad, el parentesco y la fe pública. Ahora ya no hay añoranzas sino la más viva confrontación con la realidad política, y Saavedra sabe que se está anunciando la Europa de Francia. Creo, repito, que esta constante animosidad del diplomático español contra el país vecino debe interpretarse en el marco del equilibrio europeo y en el cambio del sentido hegemónico de Europa; pero los ataques que dedica Saavedra a la política francesa, reflejo del radical cambio de bases de Europa, está muy lejos de ser injustificado en su tiempo. Baste con recordar el desconcierto que esa política provocó no sólo en el Vaticano, sino también, entre buen número de franceses que querían resucitar la idea de cruzada, estableciendo una alianza previa con Madrid y con Viena.

El «fenómeno holandés», que no puede dejarse de lado en la novedad europea del siglo XVII, recibe un justísimo testimonio de Saavedra Fajardo. Superficialmente podría insistir en el análisis barroco del autor, al ver en la Reforma el hecho de que ese país pierda la sumisión a su señor natural. Pero una interpretación más directa y honesta nos obliga a señalar la importancia que da Saavedra a la extensión ultramarina indicando la importancia

del mar en el sistema de poderes, porque la movilidad de la navegación, de la que Holanda dará muestras geniales, permite incorporar una reserva de fuerza que puede utilizarse en el sistema del equilibrio europeo. La acción ultramarina holandesa que va a provocar el asombro de la propia Inglaterra hará que ese pequeño país tenga, antes de reconocerse su independencia por España, un puesto de par en el tablero europeo. Saavedra liga la navegación al comercio y se queja de la falta de la industria española. Pero navegación, comercio e industria se dan con amplitud en las Provincias Unidas. Cuando Saavedra se refiere a la igualación providencial de las potencias: las grandes sin industria y las pequeñas con ella, sólo se está refiriendo a España y a Holanda.

El análisis se continúa con Suecia, segundo objetivo de sus ataques tras Francia. La acusa concretamente de dolerse de las calamidades del Imperio, siendo con Francia la causa de las mismas.

Mercurio extiende también su vista por Polonia, Lituania, Pomerania, Sajonia, Silesia, Transilvania, Alsacia, Dinamarca y Flandes. Pero los dioses mitológicos, pese a sus poderes, tienen limitaciones como los hombres. Por ello Mercurio, pese a estar suspendido en los aires, no ve que en el electorado de Brandenburgo está ya naciendo Prusia, y que al otro lado de Polonia se prepara un gigante, cuya presencia en Europa sólo será reconocida medio siglo después. cuando suene la pólvora en Poltava.

Pero, ¿es que Saavedra ha pedido la ayuda del Hermes romano sólo para que su visión pueda ganar amplitud? Si nos habla de Europa es porque la considera una entidad definida. Pero, ¿en qué consiste Europa en el testimonio de Saavedra? El pensador murciano no nos dará una teoría de Europa, se limitará a reflejar su realidad, pero ello con una fidelidad asombrosa. Antes que él se han trazado proyectos para edificar una comunidad de los Estados nacionales que ocupan ahora el lugar de la cristiandad. Bartolo, Dubois, Podiebrad, Vitoria, Suárez, Grocio, Emeric Crucé, Sully, el propio Richelieu, lo han hecho. Pero las disensiones de Europa son muy fuertes y también el orgullo de las distintas nacionalidades. Saavedra no escribe proyectos, observa locuras. Pero es un poco lo mismo: el proyecto se traza cuando se ve las deficiencias de la realidad, sus locuras. ¿Podemos decir que Saavedra se ha quedado corto, que le ha faltado dar un paso. presentarnos su proyecto? No. Saavedra nos da algo mucho más valioso que un proyecto: nos da su propio testimonio. Toda Europa está sintiendo miedo ante el vacío de la Christiantas; por eso los proyectos andan en el aire..., en el aire, lejos de la realidad. El plan de organización de Europa de Sully, por ejemplo, se basa en la existencia de una République Chrétienne y su solidaridad contra el peligro otomano. No es la primera vez, ni será la última, que se trata de resucitar, o de

crear, al enemigo que pueda salvarnos. El mismo Saavedra repetirá, de paso, esta manoseada solución en su empresa LXXXIII, pretendiendo que la guerra se desplace a Africa. Por un momento se deja caer en ese sueño general, pero su constante está en limitarse a una queja que no va acompañada de una solución.

Habla del binomio Imperio-Papado con nostalgia, pero con claridad de estar haciéndolo desde una situación posterior. La tiara no puede convertirse en yelmo. Los Estados nacionales acuden a repartirse los despojos del Imperio.

La Monarquía universal sigue mereciendo su atención como posibilidad europea. Es la forma de evitar el temor del Poder. Habría admitido la alemana y deseado la española. Sabe que las dos son imposibles, por eso rechaza la única alternativa real: el dominio universal de Francia y critica la política de hegemonía y la conquista territorial, abriendo el paso al equilibrio.

Sigue utilizando en ocasiones el término cristiandad cuando se refiere a Europa, pero es, sin duda, por la inercia del pasado. Saavedra es un buen cristiano. Todavía no se ha probado que recibiera la ordenación sacerdotal. Pero ello no le impide, ni tenía porque impedirle, el conocer con exactitud la situación religiosa de su época. Ve, por ejemplo, que en Alemania, a fuerza de utilizar el ideal religioso como motivo de luchas, están perdiendo la religión. En los Países Bajos, la religión es un elemento sobre el que se especula para una posible anexión. Afirma que la libertad de conciencia es la ruina de los Estados, con lo que sigue la doctrina unánime del *cujus regio ejus religio*, y si bien es cierto que Francia parece ensayar la «sociedad pluralista» de Maritain, es éste el único ejemplo de Europa y tuvo que pagar buen precio por la innovación. El principio de que la libertad de conciencia se reserva a los Príncipes que impondrán la religión en su Estado se consagrará en la paz de Westfalia.

El término Europa que utiliza generalmente lo sustituye a veces por el de «mundo». Los descubrimientos, al tiempo que aumentaban el horizonte del Planeta, confirmaban la superioridad de Europa; por ello este intercambio de términos: Europa-mundo prueba simplemente la dominación europea del mundo conocido, dominación que es utilizada como fuerza supletoria en las luchas europeas. Saavedra es plenamente europeocentrista y aunque fuera consejero de Indias, prácticamente no ejerció el cargo y cuando ponía su mirada en Ultramar era pensando en Europa.

Pero, ¿qué es esta Europa que queda desligada del Imperio, de la fe común y aun de un posible dominio universal? Es la Europa del equilibrio. A Saavedra no le gusta, pero la acepta. Está demasiado vinculado a Westfalia para tratar de una paz abstracta. La paz no se puede buscar, hay que

obligarla, y sólo podrá obligarla el vencedor. En las negociaciones y en los tratados hay tantas estratagemas como en la guerra. Ansía la quietud del puerto porque se ha producido una tempestad, pero no nos dice que haya descubierto ese puerto ansiado. No lo dice porque quizá adivina que la travesía va a ser larga...

Y, sostenido en el aire de Europa, libre del dolor de sus locuras, Mercurio está sonriendo a Saavedra al ver que son sus devotos, y no los fieles de cualquier otra deidad, los primeros que han puesto manos a la obra en la unificación de Europa.

LUIS MARTÍNEZ-AGULLÓ

R É S U M É

Saavedra Fajardo est né en 1584. Il sera pratiquement absent de la péninsule pendant quarante ans, vivant en Italie ou en Europe Centrale. Il fut l'un des plénipotentiaires espagnols en Munich. Il est mort en 1648, date à laquelle se cristallise l'Europe de Westphalie. Dans l'Espagne de son temps il y a une disproportion marquée entre la puissance et la richesse qui explique la décadence espagnole.

Le noeud du drame vécu par Saavedra Fajardo est formé par la Guerre de Cent Ans, guerre qui fera vibrer à l'Europe entière. Saavedra vit ces moments dans divers points de l'Europe centrale. Dans ses écrits il nous offre un tableau fidèle de l'Europe de ce temps, et une analyse plus détaillée de l'Allemagne, de la France et de la Hollande. Il commente la division de l'Allemagne avec des mots qui pourraient avoir une valeur actuelle; il rend compte de l'absence britannique dans le cadre de la guerre; son obsession est la France, toutes ses attaques sont dirigées contre elle; il analyse le phénomène hollandais comme la nouveauté européenne du XVII^{ème} siècle; la mobilité de la navigation, accompagnée d'une industrie et d'un commerce prospères, permettront à la Hollande de réunir une réserve de force qui peut être utilisée dans le système de l'équilibre européen; ses commentaires s'étendent aussi au reste des pays européens.

In parle du binôme Empire-Papal avec nostalgie, mais avec la conscience de le faire partant d'une situation postérieure. Il s'occupe surtout de la Monarchie Universelle en tant que possibilité pour l'Europe, mais devant l'alternative d'une domination universelle de la France, il s'oriente alors vers le système de l'équilibre. Il n'est pas opposé au principe selon lequel la liberté de conscience soit réservée aux princes qui imposeront la religion dans leurs états.

Saavedra est pleinement pro-europe centrale et quand il fut nommé conseiller des Indes il n'a pratiquement pas exercé cette charge, s'occupant d'outre-mer tout en pensant à l'Europe.

Comment était cette Europe détachée de l'Empire, de la foi commune et même d'une possible domination universelle? C'était l'Europe de l'équilibre. Elle ne plaisait pas ainsi à Saavedra, mais il l'acceptait.

S U M M A R Y

Saavedra Fajardo was born in 1584. He was away from the Peninsular for forty years, living in Italy and central Europe. He was one of the Spanish plenipotentiaries in Münster. He died in 1648, at the time of Westphalian Europe. During this time in Spain there was a clear disproportion between power and wealth which helps to explain the Spanish decadence.

Saavedra Fajardo lived through the drama of the Thirty Year War, a war which rocked the whole of Europe. In his writings one can see a faithful portrait of the Europe of his time, with detailed accounts about Germany, France and Holland. He remarks on the German division using words that could still have meaning today; he points out the absence of the British in the war; he is obsessed with France and all his criticisms are centred thereon; he analyzes the Dutch phenomenon as being the European novelty of the XVIIth. Century. Holland's naval mobility, her prosperous industry and commercial trade enable her to build up a reserve of strength which she will later use in the system of European equilibrium; his comments also include the remaining European countries.

He writes nostalgically of the Empire-Papacy binomial, but is quite aware that he is doing so from a later situation. He still believes in the universal Monarchy as a European possibility, but in view of an alternative universal supremacy of France he gives way to an equilibrium system. He is not against the principle that freedom of worship be reserved for the princes who will impose the religion in their different States.

Saavedra is definitely Europeocentralist and although he was a Councilor for the Indies he did not really occupy the post and when he looked overseas he was always thinking of Europe.

What is this Europe so drawn apart from the Empire, from the common faith, and even from a possible universal dominion? It is a Europe of equilibrium. Saavedra does not like it but he accepts the fact.